



LA NUEVA
AURORA DE CHILE
¡LUCE BEET POPULOS, SOMINOS EXPELLAT, ET UMBRAS!

GACETA DIGITAL DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS GENERAL JOSÉ MIGUEL CARRERA

Número 40 - Edición Especial de Fin de Año 2017



EDITORIAL

Por Alberto de la Carrera,
Primer Vicepresidente del Instituto José Miguel Carrera

Próximo a terminar este año 2017, en vísperas de una segunda vuelta electoral en que el pueblo de Chile elegirá el Presidente que dirigirá los destinos de la República por otros cuatro años, es importante recordar a aquellos extraordinarios hombres que iniciaron el proceso independentista para liberar a Chile del colonialismo español.

Entre todos ellos, queremos destacar en esta publicación a aquel personaje que inspira el actuar de nuestro Instituto: José Miguel Carrera, el gran fundador de la República, creador de sus principales instituciones, organizador del primer gobierno nacional, sus primeros ministerios, el Senado de la República, el Primer Ejército de Chile, sus principales institutos de educación, de salud, la primera imprenta y primer diario, la Biblioteca Nacional, la Alameda, los primeros cuerpos de policía y bomberos, y sin duda la más importante la dictación de la primera Constitución de la República, que en su Artículo 5^a, consagraba **la primera Declaración de Independencia** de nuestra nación, al señalar que: **“Ningún decreto, providencia u orden que emane de cualquier autoridad o tribunales de fuera del territorio de Chile, tendrá efecto alguno”**. Con esta declaración, toda orden o ley que proviniera de España, de sus virreinos, o de cualquier origen, no tendría aplicación en Chile.

Sin embargo, la obra del General Carrera, no ha sido suficientemente reconocida, ni siquiera difundida como se merece. La falta de objetividad y consistencia con la verdad histórica de los historiadores clásicos, ha provocado que el pueblo de Chile aparezca en una actitud ingrata e indiferente ante aquel gran hombre que sacrificó su vida y la de sus hermanos por la Patria. Felizmente, los tiempos están cambiando y hoy la ignorancia de su magna obra, comienza a conocerse cada vez más, gracias al acceso de miles de chilenos a nue-

vas formas modernas, básicamente digitales, de la información y del conocimiento.

En esta ocasión presentaremos a ustedes, dos documentos de extraordinaria importancia, para concluir un año del Instituto que ha sido particularmente pródigo en la difusión de la vida y obra del General Carrera y su aporte a la formación de nuestra independencia y nacionalidad.

El primero de ellos comprende el discurso que pronunciare el día 3 de noviembre pasado, el Ministro de Defensa Nacional José Antonio Gómez Urrutia en la inauguración de la Sala Carrera de dicho Ministerio, donde entre otros relevantes aspectos de la obra del General, destaca en forma importantísima para el restablecimiento de la verdad histórica, que **“Carrera consciente de las necesidades de tener oficiales capaces, organizó la Primera Escuela Militar del Ejército de Chile”**.

El segundo lo constituye la presentación del Libro **“Los últimos días de Carrera”**, escrito por el oficial del Ejército Argentino Manuel Pueyrredón, que este Instituto reeditara en edición de lujo y para lo cual designó al distinguido abogado, reconocido admirador de O’Higgins don Luis Valentín Ferrada. Pueyrredón hecho prisionero por Carrera en los albores de la guerra civil interna de dicho país, en la cual Carrera toma partido por el movimiento federalista, y cuando luchaba por traspasar la cordillera para volver a Chile, no sólo le respeta su vida, sino que surge entre ambos una sólida amistad, que incluso lleva a Pueyrredón a luchar con Carrera en su afán por retornar a la patria.

Este libro magistralmente presentado por don Luis Valentín Ferrada, constituye el testimonio más auténtico y real, de los días previos a la muerte del General Carrera.

PALABRAS DEL MINISTRO DE DEFENSA NACIONAL JOSÉ ANTONIO GÓMEZ URRUTIA

CEREMONIA ENTREGA REPLICAS BANDERAS CHILENAS Y PARAMENTO ALUSIVO AL GOBIERNO DEL GENERAL JOSÉ MIGUEL CARRERA

3 DE NOVIEMBRE, SALÓN CARRERA MIN.DEFENSA CHILE

Buenos días, señoras y señores:

Si hay algo que he aprendido en este paso como Ministro de Defensa, es que evocar la historia es finalmente hacerse parte de ella. Es por esta razón que quiero agradecer en primer lugar al Círculo de Estudios José Miguel Carrera por la donación que le hace a este Ministerio para engalanar uno de los principales Salones de Audiencia, bautizado en homenaje a tan ilustre prócer de la Patria.

El vínculo entre José Miguel Carrera y la Defensa Nacional es intenso y profundo, puesto que además de su innegable vocación independentista, Carrera tomó conciencia de que las bases de un Estado soberano se construyen con instituciones robustas, como lo son el Ejército y la Armada.

Su hoja de servicios en Chile y España es bien conocida. Resulta innegable afirmar que José Miguel fue militar prácticamente desde la cuna.

Cadete del cuerpo que mandaba su padre con tan solo 9 años, para lue-

go asumir como alférez a los 12 y teniente a los 20. En su paso por España participó de diferentes enfrentamientos; encuentros que incluían al mismísimo Napoleón (Defensa de Madrid).

El 20 de septiembre de 1810 fue ascendido a mayor del Regimiento Húsares de Galicia, grado y uniforme con el cual se licenció e inició los preparativos para retornar a Chile.

Poco antes de embarcar le escribe a su padre, don Ignacio, con una exhortación que justifica su acción: “No puedo resistir más, me marchó a mi patria (...) Es cierto que aquí tengo un porvenir brillante, pero mis sueños de gloria van lejos, hacia mi querida tierra nativa”.

Pero Carrera no era sólo un militar, fue también un idealista. Su labor como Estadista, minimizada con los años de manera injusta por sus detractores personales, nos indica que su pensamiento, ajeno al cálculo reduccionista es de una mirada amplia y trascen-



dente de lo que él creía era el futuro de Chile y de América, como lo expresa sin titubeos en otra carta a su progenitor:

“Ha llegado la época de la Independencia Americana, nadie puede evitarla (...) La España está perdida y si nos dejamos llevar de infundados celos, seremos presa del primer advenedizo que quiera subyugarnos”.

Y es que el principal temor de Carrera era retroceder y volver al gobierno colonial o ser parte de la monarquía española a la que había defendido con tanto valor. Era una contradicción de quien busca respuestas profundas y sin cálculo ni ambición personal.

Por eso cuando alcanzó el poder no se detuvo: creó instituciones, redujo impuestos, rebajó salarios que creyó impropios de la administración del Gobierno, puso fin a la cuota que correspondía al denostado tribunal del Santo Oficio, ordenó la creación de un cementerio general, estableció un servicio militar para los hombres libres en estado secular de 16 a 60 años de edad y, mostrando su afán por la igualdad, consagró como idea y también como práctica la Libertad de Vientre el 15 de octubre de 1811.

Una serie de transformaciones que sin lugar a duda hacen de él un estadista en el sentido más amplio del término.

Desde su visión militar Carrera pretendió dotar a Chile de una defensa mínima, pero creíble a la espera de un ataque desde el virreinato. Como saben, creó el regimiento Húsares de la Gran Guardia, inspiración napoleónica sin duda, aumentó la dotación del Regimiento de Granaderos e inició estudios para abrir una fábrica de armamentos.

Para la Defensa Nacional, para lo que hacemos en el día a día, hay dos decisiones relevantes que fueron tomadas por Carrera y que determinaron, de alguna u otra forma, la conformación de nuestro sector.

La primera fue el nombramiento del abogado Manuel Rodríguez Erdoziza como secretario de la Sala de Guerra. En ese entonces Rodríguez era parte del

Congreso Nacional, y bajo su nueva responsabilidad asumió el encargo de organizar las fuerzas para enfrentar a un enemigo poderoso. Ese primer esfuerzo, concreto y evidente, perdura hasta nuestros días y buscó establecer la gestión de la Defensa como una labor pública y del Estado, con inicios austeros y en medio de grandes incertidumbres, pero con una convicción a toda prueba. Es, sin lugar a dudas, un honor decir que todos los que trabajamos en este Ministerio, somos herederos de esa tarea inicial.

En segundo término, Carrera consciente de las necesidades de tener oficiales capaces, organizó la primera Escuela Militar para formación de oficiales. En efecto, en el año 1813 sobre la base del Regimiento de Granaderos, al mando de su hermano Juan José Carrera, estableció un Colegio Militar destinado a la formación de jóvenes oficiales del Ejército. Este instituto militar se conoció con el nombre de Compañía de Jóvenes Granaderos y participó en los combates de Yerbas Buenas, San Carlos y Chillán. Este plantel, con el fin del gobierno de Carrera desapareció, pero en febrero de 1814 reabrió nuevamente ahora con el nombre de Colegio de Jóvenes del Estado bajo la dirección del capitán Domingo Álvarez.

Esta institución funcionó y luchó hasta la batalla de Rancagua, en octubre de 1814, constituyéndose en los primeros pasos de la historia de la Escuela Militar que hoy todos conocemos.

Señores y Señores,

Hablar de Carrera y la Defensa Nacional es hablar de nuestra historia, que se encarna en miles de hombres y mujeres que han hecho suyo sus principios y que dan permanente testimonio. Nuestros objetivos han variado, pero nuestro ideal es el mismo: la protección de nuestra gente y de nuestra soberanía.

Reitero mi agradecimiento por estos hermosos regalos que estarán expuestos en la sala que honra la memoria y el legado del general José Miguel Carrera.

Muchas gracias.

PRESENTACIÓN DEL LIBRO “LOS ÚLTIMOS DÍAS DEL GENERAL CARRERA” (MANUEL PUEYRREDÓN)

*Discurso de don Luis Valentín Ferrada
Instituto José Miguel Carrera, 27 de septiembre de 2017*

Distinguidas Señoras y Señores,
Agradezco de sobremanera el honor que me han conferido las autoridades del Instituto José Miguel Carrera, al concederme la oportunidad de presentar una nueva publicación del interesante libro de memorias de don Manuel Pueyrredón, Oficial de Ejército Argentino de la época de la Independencia de nuestras Naciones, y en las cuales relata, con veracidad que no cabe dudar, aspectos de una de las etapas más cruciales y a la vez más tristes de nuestra historia: se refiere a la última jornada del General Carrera, inmediatamente previa a su penosa muerte en Mendoza. Tiempo de tantos dolores y a un tiempo de tantas esperanzas en el que nuestra Patria independiente recién emergía desde el seno de nuestra historia.

Este honor que ha querido conferirme el Instituto es -en mi caso- tan grande como inmerecido.

De mi parte, a fuerza de honradez, yo no podría ponerme de pie frente a Ustedes sin reconocer primeramente que, por diferentes motivos (casi todos inconfesables), yo soy uno de aquellos que ha padecido -respecto de la memoria del General don José Miguel Carrera y de su obra histórica- de aquella sensible enfermedad que tanto ha afectado a la generalidad de los chilenos desde los albores de nuestra constitución social como nación: el mal de la ingratitud, del que se siguen, como secuelas inevitables, la ignorancia, la indolencia, la indiferencia, y el olvido imperdonable de casi todo y de todos aquellos que habiéndonos dado Patria en las pasadas generaciones, ofrendaron sus vidas y las de sus familias en pos de tan grande empeño, las más veces en humilde silencio, construyendo los cimientos de nuestra nacionalidad.

En Chile, por ingratos, por aquello del “pago de Chile” que describió don Benjamín Vicuña Mackenna ya en el siglo XIX, lo cierto es que nunca aprendemos, como sociedad, casi nada de las lecciones de nuestra historia; y de allí es que, como no podría ser de otra manera, desde antiguo es, también, que nos hemos encontrado atados a esa cadena interminable de errores y quiebres graves, desaciertos y confusiones sociales que una y otra vez reiteramos, con porfía inigualable, debatiéndonos en ellas periódicamente y con ello



obstaculizando siempre nuestro propio desarrollo nacional.

Pues bien, el libro de memorias de don Manuel Pueyrredón es el noble testimonio –excepcional– de un caballero argentino que, debiendo haber sido por azar del destino un enemigo del General Carrera, caído prisionero militar en acción de lucha declarada, alcanza sin embargo a abrigar en su espíritu sentimientos que se demuestran en todo opuestos a aquellos que emanan de la mezquindad humana, causa principal del vicio moral de la ingratitud.

Pueyrredón –por aquellos azares o caprichos de las circunstancias, siempre inexplicables– conoce personalmente al General Carrera al caer prisionero durante la larga campaña “pampeana” emprendida por este último, y cuyo principal o único objetivo consistía en el regresar a Chile, poniendo término a un largo ostracismo que, entre otras penalidades, ya había costado la vida a sus dos hermanos, don Luis y don Juan José, en Mendoza.

Pueyrredón, joven oficial militar descendiente de una caracterizada familia argentina de reconocida distinción, integra las fuerzas movilizadas que, desde Mendoza, se han desplegado para impedir a toda costa ese regreso del General Carrera a tierra chilena. Por la amenaza cierta que ello representaba para el bando patriota que, en aquella verdadera “guerra civil” que en verdad fueron las luchas por la independencia de nuestra Naciones hispanoamericanas, había conquistado el poder en Chile, Perú y Argentina, después de Maipú, en abril de 1818 (cuyo bicentenario se encuentra próximo a

cumplirse dentro de unos meses).

Pueyrredón es el soldado enemigo que ha caído prisionero y el General Carrera es el comandante superior de aquellos de cuyas manos pasa a depender la vida del primero.

Y es en tales circunstancias extremas de dos vidas que debiendo haber corrido paralelas la historia se encarga de unir en un preciso instante, que la existencia de estos dos hombres se entrelazará de un modo tan noble y estrecho que su separación solo vendrá a experimentarse dolorosamente en las horas previas a la muerte del General Carrera.

Pueyrredón, el enemigo prisionero, se transfigura en el compañero y testigo directo, presencial, del General Carrera en su última jornada, cuando su único sueño ideal era regresar a Chile (porque los chilenos de todos los tiempos y condiciones, posiciones o colores, siempre regresan tarde o temprano a la tierra natal, así se hayan separado de ella voluntaria o involuntariamente, se hayan enriquecido o no en tierras extrañas, hayan o

no prosperado, por lo cual todo ostracismo es entre nosotros, además de cruel, completamente inútil... Una lección histórica nunca aprendida) o, por último, ya abatido y derrotado hacia la parte final de su aventurosa última campaña, ya desprovisto de todos los medios, huérfano abandonado del destino que le ha dado vuelta la espalda y no le reconoce, si no es posible regresar –piensa Carrera– extender su ostracismo y el de su familia hacia territorios muy lejanos del nuestro –en los Estados Unidos– donde



considera tener aún ciertas manos amigas que podrán asegurarle al menos la paz personal.

Una paz que el General Carrera no ha conocido desde su niñez; desde los primeros años de 1810; o, quizás, si nunca propiamente supo de ella. Su vida, desde las primeras horas se ha desenvuelto en medio del vértigo de aquellas circunstancias históricas que cambiarían para siempre el viejo orden social, cultural y político de América, Hispanoamérica e incluso Europa, por otro nuevo que será en adelante profundamente diferente.

El Chile y la América colonial toda; y aquél mundo anterior a la Revolución Francesa; se ha transformado radicalmente en los últimos años del siglo XVIII y primeros del XIX. Ahora primarán las nuevas doctrinas que han remecido de raíz las estructuras y referencias sociales de Francia, la nación hegemónica cultural de su época, y esa doctrina ha animado ya, por una parte, la Constitución de los Estados Unidos que comenzará a alzarse en la nación potencia que dos siglos más tarde hoy conocemos, y, por otra parte, se conoce el derrumbe de los viejos ordenes monárquicos europeos; de lo que será consecuencia inmediata el inicio del establecimiento de los Estados independientes de América.

El mundo occidental de alto abajo vive entonces una profunda revolución en todos sus órdenes; y, ese estado revolucionario del pensamiento y de la acción es un peligroso y enorme torrente Rubicón.

Tempranamente, el César que se esconde e inspira con fuerza incontenible el alma del joven Carrera, ha decidido cruzar el Rubicón de la historia de Chile; y, desde entonces jamás conocerá él, ni su padre ni hermanos, la paz personal ni familiar.

Ahora, cruzando el Cuyo tan próximo ya “a la tierra de nuestros padres”, que para muchos es sinónimo espiritual de “tierra prometida”, habiendo experimentado por años un larguísimo rosario de penurias y privaciones, desea fervorosamente don

José Miguel abrazar por fin “su tierra prometida”; aunque intuye (como todos lo intuimos siempre en un cierto momento) que el pasar a vivir en paz suele ser, al fin de cuentas el único consuelo que conceden las desilusiones cuando ellas, acumuladas sin remedio sobre el alma, ensombrecen nuestros caminos.

Pero -parece estar escrito- don José Miguel no viene a Chile al reencuentro con los suyos -lo sabe el destino-, no viene cruzando la pampa cuyana para tener la dicha íntima de contemplar nuevamente el verdor del jardín de su infancia en San Miguel de El Monte; y ni siquiera realiza aquél avance de penurias

para poder viajar a los Estados Unidos donde piensa ser recibido por personas que saben de la nobleza de sus actos, más allá de los errores humanos que pudo haber cometido.

Don José Miguel viaja al encuentro con la muerte en tierra extraña; y en el fondo el mismo, lo intuye... Lo



sabe... Y con pena esboza una sonrisa trágica cuando se le niega.

Esta es la precisa jornada que se extiende en el vagar incierto entre San Luis, San Juan y Mendoza –cruce de aquél Cuyo por tantos siglos chileno– sobre la cual trata el testimonio de don Manuel Pueyrredón.

Testimonio y memoria del enemigo militar forzado, que habiendo sido llevado prisionero a la presencia del General en su tienda de campaña, asombrado encontrará “*no al monstruo que ha infundido terror y espanto en todos los pueblos*” –como se le acusaba– sino *al hombre con quien no se podía hablar cuatro minutos...sin ser su amigo*”.

Como este testimonio del señor Pueyrredón se refiere a la última jornada del General Carrera, cuya próxima muerte todo lo presagia con aquella certeza con que se divisa próximo el muelle donde nos espera la barca de oro que ha de conducirnos hacia mares infinitos que obligan a liviano equipaje, el análisis de la personalidad del General Carrera es el de una persona ya desnuda el alma de ropajes mundanos. Las vanidades y ambiciones humanas ya ceden, y no se piensa más como en los años juveniles que basta la voluntad personal para domeñar las circunstancias y sus desafíos.

Las viejas ilusiones son ahora hojas caídas del árbol del corazón. Ya no es posible creer, incluso, que la calidad del horizonte superior que se ha buscado acudirá en nuestro auxilio concediéndonos comprensión.

El hombre que conoce el señor Pueyrredón y que llega a admirar y quererlo -y aún seguirlo y servirlo convirtiendo su prisión en sala de amistad y enseñanzas- no es el General atrevido, victorioso, lleno de valor y de arrojo, director supremo en las primeras horas de la Patria que nace...

No... El hombre que describe el señor Pueyrredón es el conductor noble, sereno y digno en la hora de la derrota...es decir, cuando más difícil es serlo y, por lo mismo, cuando más revelador es la actitud del verdadero espíritu que enfrenta la prueba del vencido.

¿Es éste un libro de historia?... Su autor le niega tal carácter. Ajeno a falsas pretensiones, sin atribuirse méritos que considera no corresponderle, el señor Pueyrredón sitúa su testimonio únicamente en el género de las memorias (aduciendo que lo suyo carece de las condiciones de objetividad o imparcialidad a que obligan las reglas de las ciencias históricas; algo de suyo discutible desde que toda obra, quíerese o no, es al fin el resultado de la visión personal de quien la realiza y de su propia interpretación de los hechos, personas o acontecimientos que analiza, por mucho que para ello se valga el historiador de variedad de antecedentes e investigaciones específicas). En toda obra histórica, siga ella o no las leyes y métodos clásicos de esta ciencia y filosofía, subyace el sello del interprete que la expone.

Vicuña Mackenna (también don Fco. Antonio Encina y muchos otros nacionales y extranjeros de gran nota intelectual) niegan el carácter de historia a aquello que no es más que la constancia insípida que deja escrita sobre papel “*el secretario de actas del acontecimiento*”. Aunque esta última pareciera ser aquella de la cual más gusta la Academia.

La labor histórica exige más que el levantar actas escritas de lo acontecido aquí o acuya, ora u otrora.

La historia exige capacidad de análisis e interpretación de los hechos y de sus actores, suponiendo el análisis psicológico relativo a la época, las circunstancias y los artífices principales. De ese conjunto complejo de elementos de juicio– para alcanzar trascendencia y valor – la historia debe ser capaz de extraer con éxito la facultad de juzgar lo más imparcialmente posible la escena de que trata para entregar un veredicto.

La historia es Jueza y Educadora.

Dos funciones aparentemente diferentes pero que -si bien se observa- son dos caras de una misma medalla cuando ha de intervenir la justicia que, junto a la humildad y la prudencia, son las tres hermanas mayores de las virtudes humanas.

Todo buen juez –como debe serlo la historia cuando es genuina– considera los hechos sustanciales que

integran el acontecimiento juzgado y las conductas, sus propósitos e intenciones, sus agravantes y atenuantes, sus condiciones y medios, sus posibilidades y limitaciones. Todo lo cual es de suyo complejo y requiere de buenas pruebas. Pruebas son no solo los antecedentes escritos que informan la escena humana y que duermen largamente en los archivos de polvorientos anaqueles, sino más aún lo son las declaraciones, los testimonios de quienes han hecho parte del acontecimiento que se juzga.

En este sentido las memorias –como las que hoy se presentan– son ricos testimonios prestados por aquellos partícipes de los hechos juzgados, y envuelven por lo mismo un manifiesto valor.

El libro que presentamos es propiamente histórico: por su contenido; por la oportunidad de su testimonio; por los antecedentes nuevos que divulga; en fin, porque de su lectura se advierte que su narración no es simplemente el acta extendida por el secretario de un acontecimiento al que se



refiere sino, mucho más, el testimonio vivo que interpreta con justicia, analiza, y dicta un veredicto honrado sobre hechos y personas que, por lo general, una mayoría de nosotros ignorábamos, debiendo haberlos conocido.

Una reflexión de término que debe hacerse obligadamente al término de la lectura de un testimonio como el que hoy se entrega al conocimiento público: si la ingratitud (vicio opuesto a la virtud de la nobleza, que reconoce el valor de las personas en su justo mérito y detrás de la cual se esconde casi siempre la envidia y la mezquindad), no nos afectara como pueblo de un modo tan grave que semejante herida abierta por años de años, y de la cual provienen multitud de secuelas que apreciadas en su conjunto fatídico explican de un modo que pocos quieren tener en cuenta porque su misma claridad enceguece, la proporción más considerable de nuestras fracturas sociales, disensiones, desencuentros y aún trucidaciones experimentadas a través de nuestro camino histórico no se hubiesen experimentados, al menos con la gravedad que se las ha debido sufrir.

Desde la perspectiva señalada debe decirse que muy pocos, o quizás nadie, ha exhibido entre nosotros un espíritu patriótico y unitario tan noble como don Benjamín Vicuña Mackenna, a quien siempre –por muchas razones diferentes– siempre es necesario recordar cuando ya van largos más de cien años corridos desde su muerte.

En su tarea de historiador y publicista incomparable de las Glorias de Chile, don Benjamín dio a nuestra sociedad, entre más de un centenar de grandes obras escritas de su mano, dos muy importantes que hablan de su empeño por cerrar las hondas heridas que hemos infringido por dos siglos o más en nuestra conciencia nacional sin que logren superarse hasta el presente: El Ostracismo de los Carrera y el Ostracismo del General O’Higgins.

“El ostracismo de los Carreras”, vio la luz pública en forma de volumen en octubre de 1857. La primera edición, de dos mil ejemplares consta de 553 páginas. Vicuña Mackenna sólo ve en el General Carrera, a

despecho de sus críticos, al patriota, al infatigable luchador que ha hecho de su vida el más puro homenaje a su tierra. Lo defendió del cargo de crueldad que le hiciera Mitre, y concluía haciéndole un llamado a la ecuanimidad, para que ***“se opere una reacción en favor de la justicia que reclama la historia para nuestro infortunado caudillo”***. En el prefacio de su obra, escribe don Benjamín ***“no (se) debe ocultar a los ojos del lector ni por un solo instante, la estricta imparcialidad de la historia, ese barniz del estilo que brota solo del calor de la pluma al trazar cuadros maravillosos o terribles, y que en este caso es solo el tenue velo con que hemos cubierto hechos de tanto horror y días de tan aciaga memoria”***.

En el ostracismo del General O’Higgins, publicado en 1860 (es decir, tres años más tarde que el primero recordado), aparece la obra dedicada especialmente a don Demetrio O’Higgins –el hijo del General O’Higgins- y a la memoria de don José Miguel Carrera y Fontecilla, su amigo, el hijo del General Carrera.

En uno de los párrafos finales de esta obra, Vicuña Mackenna invita a los chilenos –hacen ya más de 150 años- a ***“una reflexión esencial... quizá, escribe, nazcan agravios y violentas recriminaciones para nosotros por los hechos graves y desconocidos que sacamos a luz; pero protestamos solemnemente que de éstos solo hacemos valer aquellos que son un corolario esencial de la historia y no una personalidad superflua y ociosa. Escribimos la verdad de la tradición, no los chismes de la maledicencia”***.

Para levantar a uno al más alto lugar posible en la galería superior de nuestra historia, no se valió Vicuña Mackenna del sucio e injusto expediente de rebajar al otro al fondo más oscuro de los osarios de la historia chismosa y maledicente; no hizo que la gloria de uno brillara aparentemente más ante la conciencia nacional, tan solo por la oscuridad malévol y parcial proyectada sobre aquél que pudo ser su rival y por esto se le condenó no solo con el olvido sino, peor aún, con el descrédito y hasta de la injuria deliberada. Nada de esto. A ambos les llevó con su pluma noble al justo lugar que han

debido ocupar, cada quien con su propio carácter, sus virtudes y limitaciones y, por sobre todo, su tiempo y circunstancias.

Años más tarde, un noble empeño semejante emprendió también Neruda con notas de poesía que luego musicalizó con brillo innegable el Premio Nacional de Música, don Vicente Bianchi. Todos ellos han demostrado que cantar al General Carrera y sus hermanos es tan hermoso y trascendente para Chile como cantar a O’Higgins y a Manuel Rodríguez. Y ha sido tanta la fama de este buen empeño que todo nuestro pueblo canta estas canciones con devoción y cariño.

Yo quisiera esta tarde –con motivo del honor que se me hace al presentar esta hermosa obra del señor Pueyrredón- formar de algún modo, también, junto a todas aquellas chilenas y chilenos que han trabajado y trabajan por favorecer nuestra unidad nacional –esto es, la unión espiritual del pueblo chileno por sobre cualquier bandería en la que de corriente nos fraccionamos– bajo la convicción absoluta de que la grandeza de la Patria que amamos solo puede cimentarse en aquella unidad del pueblo que nos ha sido desde siempre tan esquivada.

Esa unidad supone poner bálsamo sobre las viejas heridas; dar y reconocer con justicia lo que a cada quien le corresponde y alegrarse por ello; admirar el valor humano de quienes no han cometido ningún otro error que el de pensar diferente a nosotros, abogando por caminos diferentes a los nuestros, pero igualmente patrióticos en el afán de construir la grandeza de la Patria común.

Y por todo esto me complazco en poder decir ante ustedes que, como antiguo O’Higginista que he sido, no siento cometer contradicción espiritual ni intelectual alguna al concluir estas palabras con un ardoroso *Viva Carrera*. Porque a ambos debemos Patria. Como la debemos también –y quizás si aún más– a todos aquellos cuyos nombres no registró la historia... Y para quienes solo hubo, al fin, tumbas desoladas, desiertas de gloria y de memoria.

MUERTE y GLORIA de JOSÉ MIGUEL CARRERA

Por Leonel Ampuero, escritor y dibujante

*Desde la ventana de mi celda,
veo acercarse a la muerte,
fría y serena, irónica e insensible,
se ríe de mi vida y la desprecia
con título Lautarino.*

*Hay todo un espectáculo
en la plaza de Mendoza,
esperando por el término de mis días.
Entre dolor y rabia,
recibo este pago, no el de mi pueblo.*

*En los campos quedará mi voz
gritando: ¡Viva Chile!*

*Mi primer ejército y las libertades
que forjó mi espada,
grabarán con sangre mi nombre,
en los caminos de mi Patria.*

*Mi Mercedes,
mi bella Mercedes Fontecilla,
flor de Araucaria, dolor de mi ausencia,
te quiero envuelta en mi bandera,
libre de tiranías.
Te quiero pisando Patria Libre,
donde a tu rostro lo bese un viento
sin imperios, ni dictaduras,
un viento libre,
donde quizás mis besos
no te encuentren,
porque ya no estaré contigo.
Pero sí estarás en la historia.
Y yo, donde quiera que la muerte
me lleve,
te estaré esperando,
amada mía,
para amarrarte a mi pecho
y envolverte en mi bandera.*

ACTIVIDADES DEL INSTITUTO

27 de septiembre: Lanzamiento del libro “Los Últimos Días del General Carrera” de Manuel Pueyrredón, presentado por el prestigioso abogado don Luis Valentín Ferrada y la Presidenta de nuestro Instituto, señora Ana María Ried. En la ceremonia, que se realizó en la sede de nuestro Instituto, se condecoró al empresario don Rodrigo Restrepo Pérez, y contó con la presencia de autoridades de instituciones afines, socios y amigos. La interpretación de cuecas al Prócer estuvo a cargo de “Los Chinganeros”.



11 de octubre: Se ha reactivado la Filial de Punta Arenas nombrándose como “Carreros Australes”, también se ha reestructurado solemnemente la Directiva conformándose de la siguiente manera:

- Presidenta: Srta. Safira Carolina Tobar Ivelich.
- Vicepresidente: Sr. José Luis Ernesto Saavedra Dollenz.
- Secretario - Tesorero: Sr. Danilo Antonio Tobar Salinas.

El propósito de la Filial, es poner en valor la figura de Don José Miguel Carrera y su familia desde el cono sur Austral de nuestro país mediante investigación científica histórica, eventos culturales, charlas y seminarios que acerquen tanto al mundo de la academia como comunidad en General a la vida, obra y legado de nuestro prócer.

13 de octubre: Ceremonia Cívico Militar en conmemoración del Natalicio N° 232 del Prócer. Fue presidida por el Ministro de Defensa don José Antonio Gómez Urrutia, Comandante General Guarnición Ejército de la Región Metropolitana, General de Brigada Óscar Mezzano Escanilla y el Concejal por Santiago don Miguel Morelli.



13 de octubre: Almuerzo de Socios. En el Palacio Círculo Español se realizó un almuerzo con los Socios, el que fue presidido por los Coroneles de Ejército, señores Rodrigo Machuca y Juan Luis Ossa y amenizado por el Conjunto Escuela “Los Chinganeros”. En la ocasión recibieron su insignia y diploma los siguientes nuevos Socios:

- Sonia Guralnick
- Alejandro Pérez
- Jorge Sepúlveda
- Luis Valentín Ferrada



15 de octubre: Inauguración de la Filial de Lolleo. Organizada por la Corporación de Desarrollo de Lolleo que preside don Jorge Álvarez P. La ceremonia realizada en el Museo de Historia Natural y Arqueología de Lolleo contó con la presencia del Director del Regimiento Tejas Verdes Coronel Pablo López, los Concejales de San Antonio señores Esteban Hinojosa y Maximiliano Miranda, el Director de Secplac don Christian Ovalle, la Presidenta del Instituto señora Ana María Ried y el empresario don José Miguel Manzo.



17 de octubre: Conmemoración del Natalicio del Prócer en la Universidad Federico Santa



María, que tuvo lugar en la sede viñamarina de la Institución. Fue encabezada por el Rector Darcy Fuenzalida y autoridades del plantel, y contó con una ponencia de nuestro Director don Jorge Ubilla Zúñiga quien resaltó algunos valores de Carrera: “Fue noble y generoso, valiente y



abnegado, desinteresado y patriota hasta el sacrificio, y se encargó de quitar a la revolución la máscara de hipocresía con que se iniciara el trabajo para dar al país una forma de gobierno republicano”.

22 de octubre: Por quinta vez la agrupación Histórica “Castillete de Puntales de Cádiz” rindió homenaje al General José Miguel Carrera, frente a su busto emplazado en la Plaza Apodaca de Cádiz, el domingo 22 de octubre del 2017. El homenaje es por la celebración de los 232 años del natalicio del General José Miguel Carrera, quien combatió en el Ejército Español contra las tropas francesas que ocupaban la península ibérica. Don José Miguel Carrera es homenajeado por su calidad de primer presidente y primer Comandante en Jefe del Ejército de Chile.

EN BREVE

El Castillete de Puntales rinde homenaje al general Carrera

ACTO. La Asociación Cultural de Recreaciones Históricas El Castillete de Puntales realizó el pasado domingo su tradicional homenaje al general José Miguel Carrera Verdugo, primer presidente de Chile, que combatió con el ejército español contra el asedio francés. El acto, que tuvo lugar ante el busto del general Carrera Verdugo que se encuentra en la Alameda Apodaca, se en-

marca dentro de las actividades culturales organizadas por El Castillete de Puntales en este año 2017. El homenaje coincidía con la celebración del 232 aniversario del natalicio del general por el Instituto de Investigaciones Históricas José Miguel Carrera, de Chile, con el cual la Asociación Cultural de Recreaciones Históricas el Castillete de Puntales tiene un gran amistad y colaboración cultural.

3 de noviembre:

Inauguración de la Sala Carrera en el Ministerio de Defensa. El Círculo de Estudios José Miguel Carrera organizó esta ceremonia en la cual el Past President don José Manuel Gómez Iturra y los Directores de nuestro Instituto don Octavio Campusano Tapia y señora Marta Saavedra Lavín, donaron dos banderas de la Patria Vieja y un morrión. Contó con la presencia del Ministro de Defensa don José Antonio Gómez Urrutia y autoridades civiles y militares.



16 de noviembre:

Clásico José Miguel Carrera. En el Hipódromo Chile se corrió el “Clásico José Miguel Carrera” y nuestro Instituto entregó los premios correspondientes a don Fernando Sánchez Chaigneau del Haras Santa Loreto, dueño del caballo ganador, “El Hueñe”.



Clasificación	Nombre	Propietario	Entrenador	Participante	Partida	Procedencia	Edad	Sexo
1	EL HUEÑE	Haras Santa Loreto	Roberto Sánchez	Roberto Sánchez	1	Chile	3	M
2

Clasificación	Nombre	Propietario	Entrenador	Participante	Partida	Procedencia	Edad	Sexo
1